

Cuando ya va siendo hora de que acabe el día, para ella apenas empieza. Como está con un hombre y debe hacerlo por él, se pone a preparar un cocido; corta una a una las verduras, mete en la olla salchichas y cubos de caldo. Se sabe capaz de cocinar algo más elaborado, algo que colme sus propios deseos. Aun así, termina preparando lo que el hombre quiere: un simple cocido que no la satisface.

Mira el caótico interior de la olla y algo le viene a la memoria. Como en un *déjà vu*, recuerda aquella sensación de caos que conoció de joven, cuando oía a sus compañeras rumorear y pavonearse con esa excitación desmedida que sentían por creerse el centro de la atención. Incapaz de adaptarse, ella interpretaba su papel de muchacha, sumida en una soledad y una tristeza desapasionadas, aunque vagas. Recuerda haber vivido arrastrándose como una víbora por el salón de clases, sofocada por el olor a antitranspirante, espuma de pelo y magdalenas, pero la confusión y el martirio de aquellos días le han desdibujado, por fortuna, la memoria.

Aquel profesor joven me tiene ganas, se le ve en los ojos. Pero a mí no me gusta ni un poquito, la verdad. Me hice fan de aquel artista cuando no lo conocía nadie. Ahora que es famoso, creo que voy a dejar de seguirlo. Todos dicen que esa chica es mona, pero no tiene el tipo de cara que me gusta. Cuando la gente dice que una chica es más mona que linda, quiere decir que no es ninguna belleza, ¿no crees?

Diálogos vacíos, que surgían para desvanecerse de inmediato, como burbujas en el merengue. Eso eran sin duda, un merengue ligero. Aun así, para las muchachas eran asuntos de primera importancia. Tanto más, en cuanto les permitían descargar esas sensaciones que les desbordaban el cuerpo. Ella tragaba esas descargas como un pez dorado que boquea en busca de oxígeno, pero temía que el vientre se le hinchara como a una mujer encinta y terminase reventando.

También recuerda algo que le dijo una profesora en aquella época. Estás pálida, no te ves bien. ¿Te pasa algo? La verdad, tienes mala cara pero estás como abstraída y hasta parece que lo disfrutas. ¿Se puede saber en qué piensas? ¿Puedes concentrarte?

Ella sabía que ese era el estado de éxtasis previo a cierto tipo de ataque. Sin salir de ese embelesamiento se hizo adulta, conoció a un hombre y, pensando que ya no tendría

que oír aquel merengue de quejas y refunfuños de cuando era chica, se juntó con él sin saber siquiera si lo quería.

Un día, el hombre le advierte: Lo que dices no tiene pies ni cabeza. Se disuelve como la espuma; te escucho y es como agarrar una nube.

Espuma, nube... Esas palabras recuerdan algo a la mujer. Es lo que de niña llamaba merengue. Aquella vacía descarga fisiológica. Al oír al hombre, descubre con espanto que ha inflado dentro de sí misma aquella masa de aire que tanto dolor y ansiedad le había causado, y ahora está regurgitándola.

De inmediato, pide perdón al hombre. Pálida, como aquel día frente a la profesora. Pero ni ella misma sabe de qué se está disculpando. Solo pide perdón, como justificándose, para que no la abandone ese hombre que le da donde esconderse. Discúlpame, hoy estoy un poco... rara. Tienes razón. Hay que hablar con coherencia, apilando las palabras como las piedras de un monasterio. Discúlpame. Me siento extraña, eso es todo.

La verdad es que se ha sentido así desde que era chica, pero ahora se comporta como si fuera cosa de un instante. Todo para no perder a esa presencia que le permite ocultarse.

Se sintió mal cuando habló de las piedras del monasterio. La verdad es que, desde hace tiempo, es así como ve al hombre: como un monasterio de piedra. Grande, pero sin calidez; casi frío. Aunque se amparó en él en busca de tranquilidad, siente que, aun a su lado, sigue con miedo. Se pregunta: ¿Qué es él para mí? ¿A qué viene esta inquietud vaga, si tengo cerca una presencia tan enorme?

Una parte de ella lo sabe. Sobre el monasterio se cierne una nube negra, de la que caen lluvia y rayos. La horroriza pensar que el monasterio pueda desmoronarse, dejándola a merced del temporal. Este hombre me inquieta. A veces se muestra insensible. Pero no tengo otro remedio que apoyarme en él, depender de él. Esto ya es una adicción.

Una vez hubo un amor que desembocó en tragedia. Una mujer quería a un hombre, pero puso veneno en su bebida y lo mató. Después, seguramente con la intención de matarse, se arrojó al mar, pero pronto la rescataron. Por lo visto, el arrebató homicida le llegó de improviso un día. La pareja se llevaba bien; nadie decía otra cosa. La mujer era

tímida, asustadiza. No parecía en absoluto capaz de cometer un doble suicidio. Cumplía las tareas de la casa casi con devoción; las camisas del hombre estaban siempre blancas y almidonadas, y el extractor de la cocina despedía el familiar olor a salsa de soja con mucha azúcar.

Ella era el retrato de la felicidad. Aun en su timidez, nunca dejaba de sonreír y se la veía sacar la basura muy temprano, con el delantal estampado en flores de lavanda que el hombre le había regalado para su cumpleaños. Repetía como un estribillo: Me lo regaló él, ¿sabes? ¡Me puse tan contenta!... Por eso lo cuido mucho.

Al parecer, gustaba de los melodramas y las novelas de género. Solía decir a sus vecinas: ¿Crees que en la vida real puedan pasar cosas tan tristes y conmovedoras? Entonces, inmersa en ese mundo de fantasía, la desbordaba la emoción; se le enrojecían los ojos y hasta llegaba a derramar alguna lágrima.

No se puede creer, ¡una chica tan tranquila!, dicen las vecinas. Si tanto lo quería, ¿por qué matarlo y quitarse la vida? Misterios del corazón... Una y otra vez, como con deleite, vuelven sobre ese rumor compartido. Una y otra vez. Como las olas que golpearon, una tras otra, el cuerpo de la mujer que se había arrojado al mar.

Una vez, ella les había dicho: ¿Por qué el mar no tendrá forma? ¿Por qué las olas llegan y se van sin cesar, y a pesar de eso nada cambia en él? Extraño, ¿verdad? Las vecinas se habrán preguntado por qué se ponía a hablar del mar, así de repente.

Las olas repiten una y otra vez el mismo acto, pero al fin y al cabo nada cambia. Se parece mucho a nuestra vida, ¿no creen?, dijo la mujer. A diario cocinamos, lavamos la ropa y todo lo demás, igual que el día anterior. Pero por más que repitamos la misma rutina día a día, nada se acumula. Solo pasa el tiempo. Creo que últimamente no he aprendido ni una sola cosa. No he descubierto ni comprendido nada. Ni siquiera he crecido por dentro. Me pregunto si no estaré malgastando la vida.

Sin embargo, agregó la mujer con un suspiro, quizá no deba lamentarme. Hay que pensar que los hombres trabajan sin descanso. Viven una revolución día a día. Debería agradecer mi vida libre de revoluciones, ¿no?

Pero ver el mar me inquieta un poco, siguió diciendo. Día a día, las olas llegan y se van, una y otra vez. ¿No será ese vaivén lo que hace al mar tan frío y tan pálido? ¿No será que en realidad algo se avecina, paso a paso? ¿No se derrumbará un día, súbitamente, el mar?

Las vecinas pensaban que solo se imaginaba cosas. Eso le pasaba por tener demasiado tiempo libre y ver tantos melodramas. Además, ya bastantes disgustos les daban a ellas sus hijos y sus maridos como para ponerse a pensar en las pesadillas de su vecina.

Ella se entregaba de vez en cuando a esas disparatadas fantasías y luego volvía a su vida cotidiana. Era como el ir y venir de las olas, aunque ninguna de sus vecinas había reparado en ello.

Ni ellas, ni la misma mujer, sabían que se avecinaba algo inmenso e indefinido. Tampoco advirtieron que era algo comparable con la revolución que los hombres vivían a diario en el trabajo.

Estas fueron las poco peculiares circunstancias del intento de doble suicidio. No parece que el caso vaya a dilucidarse pronto. Es un misterio como el del vaivén de las olas.

Ella no era en nada distinta a sus vecinas. Aunque presentía algo terrible, sus manos seguían atareadas en las necesidades de la vida cotidiana. Cada día, cuando iba a sacar la basura o recoger el periódico y veía a una vecina, la saludaba con un buenos días, seguido de algún comentario sobre el tiempo. Lo único que la distinguía de las demás era el hábito de decir: Bonito día, ¿eh? ¡Hay que agradecer! Agradecer..., ¿pero a quién? De hecho, ella sentía gratitud hacia las cosas grandes, como el mar. Percibía vagamente la presencia de algo colosal.

La mujer se enteró en el periódico del caso de doble suicidio. ¿Qué lees?, le pregunta el hombre. ¿Qué haces tú leyendo el diario, si no te importa en lo más mínimo lo que pase en la sociedad o el mundo? La mujer, quizá sintiéndose culpable, cierra el periódico y lo oculta. Nada, nada, es que... había una nota sobre labores de punto y me llamó la atención, eso es todo. ¿Qué quieres comer hoy?

El diario sigue en sus manos. Por alguna razón, siente que le está robando el calor del cuerpo. ¿Por qué me habré agitado y se me habrá subido la sangre a la cabeza? Fue apenas un instante; después se me fue el color del rostro y tengo el cuerpo cada vez más frío. ¿Qué me pasa? Nunca me había sentido así. Como compadeciéndose de ella, sus dos gatos negros se le restriegan contra las piernas. En ese momento, hierve la olla a presión.

Perdona, estaba en la luna, dice mientras apaga el fuego.

Perdona, perdona. Siempre está disculpándose al hombre. Aunque no esté en falta. Si él se va, me desmoronaré. Dejaré de existir. Llegará el fin del mundo. Dicen que aunque una desaparezca el mundo sigue como si nada, pero no lo creo. Soy lo que más me importa. Así que cuando termine mi existencia, el mundo también acabará. Por eso le pido perdón. Porque quiero seguir bajo sus alas. Para que el mundo no se acabe.

Por eso, piensa estrujando el diario entre las manos, entiendo muy bien que esa mujer haya matado al hombre y se haya arrojado al mar. Es tan penoso estar pendiente de alguien para siempre. Te dan ganas de ponerle fin. A la relación, al mundo, a todo.

Sé que nunca podré acaparar toda su atención. Y como soy adicta a él, sufro un síndrome de abstinencia constante. Duele tanto, que hasta me dan ganas de matarlo y matarme.

Desde ese día, la mujer llevó siempre consigo el recorte de la nota y siguió pensando en aquel doble suicidio. Ahora, con los ojos en la candente olla a presión, se pregunta: ¿Qué veneno habrá usado? ¿Dónde lo habrá conseguido? ¿Cómo le dio la bebida envenenada?

También piensa, ¿qué habrá sentido al arrojarse al mar? ¿Por qué eligió esa manera de morir? ¿Será muy frío el mar? ¿Se sufrirá mucho bajo el agua, sin poder respirar? ¿Qué tan atroz será morirse?

En eso, oye la voz del hombre: ¿Para cuándo la cena? Entonces deja de pensar y lo escucha hablar de sus compañeros de la oficina, del trabajo, de la economía mundial. La mujer, mientras come lo que ella misma preparó, intercala de vez en cuando algún ¿ah, sí?, pero el doble suicidio sigue ocupando un rincón de su mente, como una grave y persistente nota musical.

¿Por qué no vamos al mar?, dice un día. ¿En esta temporada?, se asombra el hombre. Con este fresco, solo podríamos ver la superficie gris del agua y las olas blancas pegando contra las rocas.

No importa, contesta ella. Quiero ir, aunque haga fresco. No voy a bañarme. Solo quiero estar frente al mar.

El hombre no advierte el tono fatídico de la propuesta. Inclina el vaso tallado con sake frío y comenta: Mira, la luna se refleja en el sake. Qué noche tan hermosa. Cierto,

responde la mujer. La noche siempre es bonita y tranquila, agrega, y piensa: Claro, es de día cuando me dan ganas de ponerme a gritar.

¿De veras me quieres?, pregunta la mujer, pálida. El hombre responde sorprendido: No seas tonta. ¿Acaso viviría contigo si no te quisiera? No es eso..., murmura la mujer, y calla. No basta con un amor común y corriente. No quiero que me ames como a cualquier mujer. Es otro amor el que busco.

Y piensa: En verdad, no quiero que se interese en mí como mujer. Quiero que me vea en mis días de niña sofocada, que ponga orden en el caos de mi conciencia, que la ame y la proteja. ¡Cómo quisiera que amara incluso mi pasado!

La verdad es que no me quieres, dice en voz baja, pero el hombre no la oye.

También hoy, muchas mujeres se miran al espejo. Se peinan, se colorean las mejillas, se perfuman. No lo hacen para nadie, ni siquiera para un hombre. Lo hacen para ellas mismas. Se miran extasiadas en el cristal. Saben que si apareciera una muchacha idéntica a ellas, se la comerían entera. Imaginan el gozo de devorar su propio reflejo y darle fin sin que ningún hombre lo profane.

Envueltas en telas sutiles, las mujeres saltan, retozan y ríen juntas. Están en el apogeo del placer. Como si no existiera el dolor, ni en el pasado ni en el futuro. Comparten macarrones de colores pastel y se lanzan miradas cómplices, pensando en su próxima travesura. Tanto se parecen unas a otras que, como aquellas muchachas en el malecón de Balbec, son una mera aglomeración de mujeres sin personalidad individual.

Así seguirán jugueteando; sin corromperse jamás, sin identidad. Si llegaran a tocarlas unas manos sucias hasta la náusea, responderán con el trato más cruel: el olvido y el desdén. Después, se comportarán como si nunca hubiesen sido vejadas.

Solo puede vulnerarlas el virtuoso mal de la frigidez. Si no se corrompen es porque, de hecho, son extremadamente inertes, como minerales. Flotan sin rumbo y va invadiéndolas un presentimiento de su mismo signo, que también va a la deriva. Las acecha la negra sombra de la melancolía; una locura desapasionada que convierte sus cuerpos en algo ajeno a la carne.

La autora del doble suicidio era también, en realidad, una muchacha del sol como ellas. No imaginaba un futuro en el que terminaría arrojándose al mar. Pero ese futuro llegó con paso firme. Es natural que este drama haya tocado de cerca a una mujer que

estaba con un hombre sin saber si la quería o no. Parecía que ella también podría precipitarse a un acto así, tal como su olla a presión hervía y empezaba a aullar a poco de ponerla al fuego.

Sin embargo, pocas mujeres tienen la tenacidad necesaria para comprar veneno o la fuerza suficiente para empuñar un cuchillo. La mayoría solo pasa la vida con el corazón inquieto, presintiendo algo nefasto.

Por eso, también hoy, la mujer pone la olla al fuego y sueña con el doble suicidio. Como quien sueña con algo placentero. Mientras contempla la turbiedad blanca dentro de la olla. Como en un melodrama. Nada le importa más, pero no le quedan fuerzas para llevarlo a la acción. De modo que solo se lo imagina, dice qué espanto, piensa que algún día quizá ella misma haga algo así, y con otro qué espanto silencioso, deja de fantasear.

Un día, cuando está sacando la basura, se encuentra con una pareja y su hijo. Llevan una gran bolsa, y el niño una mochila a la espalda. Vamos al mar, dice la esposa. Sabemos que en esta temporada va a estar fresco, pero el principito de la casa se ha emperrado en que vayamos de pícnic a la playa, vaya a saber por qué. Así que con mi marido decidimos ir en auto.

¿Ah, sí?, responde la mujer. Más que fresco ya casi hace frío, así que cuídense. Si los arrastran las olas, puede pasar cualquier cosa.

¿Te ocurre algo?, le pregunta el marido de la vecina. No te ves muy bien. Tienes los labios morados. ¿Estás comiendo bien? ¿Acaso no puedes dormir?

La verdad, confiesa ella, últimamente no estoy en muy buena forma. A veces me acaloro sin razón y al instante siguiente tengo frío.

Si serás insensible, dice la esposa al marido. A nuestra edad, pasan muchas cosas en el cuerpo de una mujer. ¿Cómo se te ocurre hablarle así?

Perdónalo, por favor, dice a la mujer. Sé cómo te sientes.

¡Vámonos ya!, dice el niño, tirando de la falda de la madre. Quiero ir pronto al mar.

¡Este principito nuestro! Hasta que no le haces caso... Nos vemos, ¿eh?

Hasta luego, dice la mujer. La familia sube al coche.

Cuídense, murmura ella, mirando el auto que se aleja.